

POTOTO

A Karmelo Azkoitia

Félix POLO

Hundido hasta las canillas en el fangal de la marisma, flanqueado por dos bandos de gaviotas reidoras que chillan desaforadamente protestando mi descaro de disputarles el territorio, y echando mano de artimañas aprendidas cuando chaval de Pototo, me parece aún sentirle a mi lado hincando sus zarpas como layas en Koxtape para arrancar, a golpe de riñón, las mordoxkas de lodo apelmazado pasándomelas luego para despanzurrarlas y atrapar de su interior las txitxares que abundantes se albergaban en su negro y pringoso laberinto.

Me recomendaba pillar las más gordas y devolver al fango las flacuchas tras partirlas en dos, toda vez que cada una de las

partes medraba como si el sistema disfrutara de inflación galopante restableciéndose el equilibrio ecológico en clave de aparente paradoja.

Inspirándose precisamente en esto, me susurraba el muy gezurti, Kirtena, faldero vocacional más conocido como pareja de mus de Txortena, que tenía una parienta canija y esmirriadi-lla, la había puesto al tren soñando un futuro entre dos huríes muslangonas. Pero entre ponte bien y estate quieta, la chocolatera cambió de agujas triscándole poco más que las pantorrillas, y el bigamo frustrado anduvo para los restos marmarreando y arrastrando a la charlatana cojitranca en una goitibera.

Provistos ya de cebo vivo y al hombro las kañaberas cortadas, aún verdes, tiempo atrás a la sombra del peligroso puente que salvaba el ferrocarril minero más allá de la Fanderia, doblábamos puntas alcanzando rocas a tiempo del hamaiketako.

Pototo lo remataba con un par de lingotazos de saltapara-



petos tras encender una tagarnina de carretero que era una especie de llave para acceder al peligroso oficio entre los recovecos ocultos a las mareas normales.

Según él, a la lamperna había que entrar como a un guateque, vestido y fumando, pues el humo aspirado impedía que, mientras rasqueteabas en las grietas angostas se te hinchara el cuerpo, quedando atrapado y expuesto a terminar ahogado por la marea si antes no te sacaban a tirones prácticamente despeleado.

Dejando claro pues que el asunto de fumar era solamente por necesidad y predicando con el ejemplo, allá se metía echando más humo que Agustín-erua, unos puñados de pasta al mar y unos pedazos.

Mientras a mí tocaba avisar la ola, procurar sombra a la shatua, mantener vivos los txitxares o localizar putzos de kixkillas.

Al regreso coincidíamos alguna vez en la plaza del Santo Cristo con el cuidador que un hostelero-baserritarra contrataba para preparar a sus carneros de lucha.

Tanto el hombre como el bicho solían llegar bañados en sudor tras haber descortezado a topetazos la hilera de plátanos estériles que jalonaban la carretera desde la Estación hasta Lobato.

Al pasar frente a Gure-borda, aunque el entrenador amagase continuar camino, el cabrón plantaba las pezuñas en el adoquinado y por muchos empellones que le dieran no había manera de moverlo.

El manager entraba en la taberna y con taimada pose, dejándose ver, se embaulaba un par de lisos regodeándose morbosamente, dando envidia con malicia al macho sediento. Al animal le escurrían las babas y se tiraba unos lametones de niño zangolotino hasta que le arrimaban al morro un cazo lleno de peleón que sorbía con fruición sin perder gota, bamboleando a cada trago sus soberbios cojonazos como si supiera que los controles anti-doping aún tardarían en inventarse.

De vuelta al txoko me dejaba en el frontón y, según costumbre de antaño enfilaba en derecha el camino de la sidrería

a juntarse con la cuadri, que eran todos unos salidos; cada cual había rapiñado por su lado y jamás faltaba material para la afari-merienda. La sidra se la jugaban a la "toka" en una sucesión ininterrumpida de postres, mus, bertsos y canturriadas.

Constituían, quizás, la última generación apta para la supervivencia y no les preocupaba que su casa se derrumbase pues de fijo no les iba a pillar debajo. Como tampoco les preocupaba que su sempiterna querencia por los kupel-tokis soliviantase incomprensiblemente a las etxekoandres. Al extremo de que las muy cotillas se reunían con excusa de rezar el rosario y en lugar de misterios desgranaban horribles exorcismos, intercambiando venenosas experiencias especulando sobre la dosis de matarratas que aguantaba la surrukutuna, terminando con palpitaciones cuando las más temerarias aleccionaban a las menos veteranas acerca de cómo y con qué pegar a los maridos mientras éstos estaban dormidos.

Sorprendentemente, a las letanías, se encontraban dándose pote y pujando entre sí por ver cual tenía el socio más pingo y más macarra.

Akelarres que corregidos y aumentados en el mercado, llegaban a oídos de las colegas baserritarras, alucinadas por el disparate de alternativas que, en contraste con la monotonía del baserri, ofrecía la tribu del asfalto. Tan maravilladas que, a falta de culebrones en la tele, ni cortas ni perezosas se enrollaban organizando el colectivo en casa.

Entretanto Pototo y compañía trasnochaban cantidad. Cada dos por tres les anochecía en Oyarzun y les amanecía en S. Jean a donde se habían escaqueado para evitar conflictos y explicaciones.

De ahí el sentido del diálogo que mantuve con él años más tarde.

- **Pototo ¿Cuántos años tienes?**

- Siento veinte

- **Gezurti, ochenta escasos.**

- De día sí.

